

LOS MERITOS DE LA COMUNICACION EN BOLIVIA

(Discurso de Luis Ramiro Beltrán S. en la Casa de la Cultura al recibir el "Doctorado Honoris Causa" de la Universidad Católica Boliviana el 27 de febrero de 1984).

Me invade una gran alegría por estar hoy aquí rodeado de ustedes, acompañado de su fraterna calidez. Es muy grato sentirme de nuevo inserto en lo hondo del corazón de la patria, especialmente esta vez en que he venido a compartir con ustedes mi regocijo por la conquista de un galardón mundial. Y vine a darles las gracias por los honores que me han dispensado a raíz de esa conquista que más que ser mía es de toda Bolivia.

Aún no me repongo del todo de la sorpresa que experimenté el día en que una voz boliviana me llamó a Bogotá, en la primera semana de noviembre de 1983, para informarme que me había sido otorgado en Canadá el premio mundial de la comunicación que lleva el nombre del gran pensador Marshall McLuhan. No fue ésa, como habría de enterarme después, una victoria fácil puesto que, sin duda, había muchos candidatos de muy altos méritos provenientes de distintas partes del mundo. Mayor, por tanto, resulta la fortuna de haber obtenido en esas condiciones un premio para Bolivia y para América Latina toda.

Mi reacción instantánea cuando recibí el aviso de aquello fue gritar: ¡Viva Bolivia! Se me hacía imposible que lo que se me estaba otorgando en una condición individual se quedara en ese territorio de lo personal. Sentí que eso pertenecía a nuestra querida patria. Tal vez para personas de otras naciones menos atribuladas por el destino la obtención de un premio mundial pudiera tener una significación algo menor que la que puede tener para nosotros. Me lo dicen así tantos amigos y me lo reiteran ahora ustedes con sus voces, con sus gestos, con sus bondades.*

Recibí mensajes congratulatorios de varios países, pero el volumen más alto de ellos fue el de nuestro propio país. Eran palabras generosísimas de autoridades, colegas y amigos. No solamente agradecí esas felicitaciones, sino que mandé mensajes de reconocimiento a algunos maestros muy queridos, a los que debo tanto, y que para mí tenían que ser así copartícipes del lauro.

Estuve en Ottawa en diciembre de 1983 como culminación de esa suerte de cuento de hadas para adultos, para recibir el premio de manos del Gobernador General del Canadá, el representante de la Reina de Inglaterra. Fue una ceremonia inolvidable apuntalada por la más moderna tecnología de comunicación en la que el Canadá es un país delantero. Fue un gratísimo acto que ciertamente jamás olvidaré. Cuando pasaba por los corredores de aquel hermoso salón del Palacio del Gobernador recordaba intensamente, con inmensa gratitud y todo mi amor, a mi madre, Betshabé Salmón viuda de Beltrán, precursora del periodismo femenino en nuestro país, a

* Ejemplo de ello son expresiones como estas del editorial del diario Meridiano del 22 de febrero de 1984: "... Está aquí para recibir el abrazo de todos los bolivianos que nos sentimos orgullosos de su victoria, esa victoria que tan patrióticamente ha dedicado a Bolivia... Los homenajes a Luis Ramiro suman y siguen, y con razón, porque es la primera vez que un boliviano deja el nombre de la patria en un sitio tan alto como lo ha hecho él..." (pág. 2).

quien debo todo lo mejor de la vida. No pudo acompañarme en el acto por razones de salud, pero la sentí a mi lado. Y, cuando avanzaba hacia el gran salón para recibir el premio, mi pensamiento me hacía celebrar, de nuevo, obstinadamente, a Bolivia como la triunfadora.

Poco antes de partir para ese viaje tan hermoso al Canadá recibí una noticia del periódico Presencia por la cual se anunciaba que el Gobierno Nacional había resuelto conferirme la Condecoración del Cóndor de Los Andes. Mi dicha por el gran premio internacional se amalgamó entonces con algo que hasta parecía excederle en júbilo en mi corazón. No puedo describir a cabalidad el alborozo que sentí al saber que el Señor Presidente de la República de Bolivia, don Hernán Siles Zuazo y su Gabinete, habían resuelto otorgarme tan alta distinción. Nuestro hermoso Cóndor me alcanzó en Colombia; el Señor Presidente me honró de nuevo en diciembre, inmediatamente a la vuelta de Canadá y Europa, confiriéndome el privilegio de su asistencia a la entrega de la condecoración, que se realizó en Bogotá en la residencia de la Embajadora de Bolivia, doña Lidia Gueiler, en presencia, además, del Presidente de Colombia, don Belisario Betancur. Me entregó la joya el Canciller de Bolivia, don José Ortíz Mercado.

En la semana pasada en Oruro, mi tierra natal, todo el mundo me abrazó con aquella proverbial calidez del pueblo orureño y me expresó en múltiples maneras su felicidad por los dos galardones recibidos, el nacional y el internacional. En tres días que estuve allí mi pueblo se empeñó en halagarme y colmarme de honores. El Prefecto del Departamento me otorgó la Condecoración "Sebastián Pagador". El Alcalde Municipal me declaró "Hijo Predilecto de Oruro". La Universidad Técnica de Oruro me confirió el Doctorado Honoris Causa. Todas las principales entidades cívicas me hicieron su socio honorario. Agrupaciones sociales internacionales, como los Rotarios y los Leones, también se sumaron con otros homenajes, así como grupos de comunidad. La Federación de Excombatientes unió su homenaje a mí con un homenaje a la memoria de mi padre, el periodista orureño Luis Humberto Beltrán, caído en combate en la Guerra del Chaco. Dichoso y trémulo, marché con los excombatientes en una procesión que, acompañada de banda y bandera, llegó hasta la tumba de mi padre. Allí un colega que había trabajado con él en "La Patria", dijo unas palabras que nunca olvidaré.

Pero no fueron sólo las ceremonias públicas y oficiales, la recepción de mis colegas periodistas y la visita a mi querido diario "La Patria", las ocasiones en que el abrazo de la hermandad orureña me hizo vibrar. Hasta en las calles, gente a la que no conocía aplaudía al paso de aquella procesión y, en otros instantes, en momentos completamente informales, transitando en la calle o en algún lugar público, se acercaban personas a las que no conocía, a abrazarme, a tratarme como amigo, a celebrar lo sucedido como cosa propia, como una victoria del pueblo orureño.

Como culminación de tan inolvidable estado en Bolivia, tengo ahora esta nueva demostración del afecto boliviano gracias a todos ustedes, a los organizadores del Comité que, presidido por mi colega periodista Nazario Tirado, hiciera la propuesta de la candidatura por medio de la Comisión Boliviana para Cooperación con la UNESCO. Recibo en esta ocasión este homenaje gratísimo, hermoso y sincero de parte de todos ustedes.

Aprecio mucho las palabras que el representante del Señor Alcalde de La Paz me ha brindado como acogida a este pueblo que hice mío mucho antes de salir de la patria por largos años. Celebro también la hábil reseña académica que hizo mi colega Raúl Rivadeneira sobre Marshall McLuhan a quien, indudablemente, desde mis tiempos universitarios en Estados Unidos, profesé admiración. Y las elogiosas

palabras con que Nazario Tirado ha hecho aquí una síntesis de mis labores me han conmovido. Me siento abrumado de tanta generosidad de mis compatriotas. Ella compromete mi gratitud en un grado tal que lamento no saber expresar adecuadamente.

Para cerrar ese abanico de honores que mi patria me dispensa, ahora privilegiado por la compañía del Consejo Universitario de la Universidad Católica Boliviana que preside su ilustre Rector, el Dr. José Antonio Boza, este acto me da el presente maravilloso del nombramiento de Doctor Honoris Causa de esa docta y prestigiosa institución. Aprecio muchísimo esta distinción con que se me despide de Bolivia porque me siento unido desde hace muchos años a la Escuela de Comunicación de la Universidad Católica. Tengo el mayor respeto por el trayecto que ha seguido ella para llevar adelante este singular esfuerzo en materia de comunicación. Este es el núcleo académico en que se forma con rigor de excelencia a la mayoría de los especialistas en comunicación de Bolivia. Me siento, pues, honradísimo, Señor Rector, Señores Miembros del Consejo Universitario, por la alta distinción que me hacen ustedes. Y espero continuar trabajando con ahinco en este campo para hacerme plenamente merecedor de ella.

Sepan ustedes, estimados hermanos bolivianos, que aprecio en todo su valor los honores que tan generosamente han querido brindarme y que ellos me dan inspiración y acicate para seguir trabajando en pos de todo lo bueno que uno pueda conseguir para nuestra querida patria. Porque, tal como lo dijera en el discurso con que recibiera el premio McLuhan, todavía hay mucho que hacer en materia de comunicación para alcanzar los ideales con que soñamos. Hay mucho qué cambiar en la estructura y en el funcionamiento de la comunicación en el mundo y en el país. ¿Por qué hay que cambiarlo? Porque el actual no es un sistema justo ni en el orden nacional ni en el orden internacional. Ni en lo económico y político. Ni en lo social y cultural.

Abrumada por una colosal deuda externa, América Latina ha llegado en los últimos dos años al punto más bajo de su historia económica. Sufre un desplome radical de su tasa de crecimiento, un marcado aumento del desempleo y una agudización de la problemática de la miseria para nuestros pueblos. De ahí que luzca más válida que nunca la propuesta que se hizo, en Naciones Unidas, ya hace varios años, para forjar un nuevo orden internacional de la economía que tienda a curar ese desequilibrio que nos está anegando.

Así como hay que modificar, pues, el régimen de economía injusta en el orden internacional, hay que reformar el orden internacional de la comunicación en busca de la equidad. Hay que transformar desde la mentalidad hasta la estructura de los servicios de comunicación para que lleguen a ser plenamente vehículos de diálogo participatorio, para que sirvan a la liberación del ser humano, para que propicien la paz y la justicia.

En contadas excepciones, la comunicación es poco democrática, no sólo en el orden internacional sino en el nacional también. Dentro de cada uno de nuestros países un pequeño segmento de la población posee los recursos materiales, domina la política, acapara la cultura y controla la comunicación.

Bolivia presenta, además, problemas especiales de comunicación en comparación con otros países. Un enorme territorio dislocado, con sus fronteras desguarnecidas, provisto de escasa población y mal vinculado en el sentido físico de los transportes, de por sí no permite la integración nacional, la cohesión

sociocultural que es indispensable para la existencia de una verdadera nación. Hay una situación de incomunicación que padece la gran mayoría de nuestra población, especialmente el campesinado nativo. Los idiomas propios de nuestro antiguo ancestro parecen obrar como barreras que evitan la integración. Los medios masivos, debido en parte a ese fenómeno, no llegan al campesino sino en ínfima proporción porque aquel que no está en el mercado, simplemente no está en el público. Pero, a diferencia de otros pueblos, el pueblo campesino de Bolivia no se ha resignado a esa postergación. Yo veo con profunda admiración que los campesinos de Bolivia tomaron el micrófono en sus manos, ya hace treinta o más años, como una alternativa a la inopia estatal en materia de comunicación y frente a la indiferencia del sector privado.

En materia de radiodifusión Bolivia tiene papel delantero no solamente en América Latina sino en el mundo debido a ciertas realizaciones ejemplares. Por ejemplo, las escuelas radiofónicas católicas de Bolivia constituyen un núcleo muy importante de comunicación alternativa en el mundo. A veces no nos damos cuenta de lo bueno que tenemos aquí: conozco poquísimos estudios sobre estas escuelas. Visité hoy, con pasmo y alegría, una de las emisoras, la más antigua y una de las primordiales en este sistema, que es la Radio San Gabriel. Y me fascinó encontrar que, de los 52 miembros del personal, 45 eran campesinos aymaras. La capacidad profesional con que manejan un sistema de comunicación masiva en idioma aymara, desde la programación hasta la evaluación, el sistema con que trabajan es de suyo admirable. Pero también lo es la manera como están sirviendo a la comunidad campesina de Bolivia en múltiples sentidos, hasta haciendo de correo, y actuando como núcleo de formación, de puestos sanitarios y de apoyo a la escuela formal. Es emocionante ver a los campesinos preparando sus noticias y hasta sus radionovelas con motivos de la comunidad y propiciando diálogo. Y es importantísimo ver cómo estos guionistas y estos técnicos no han dejado de ser campesinos; vuelven constantemente a sus pueblos para seguir vinculados a su realidad y extraer de ella lo que vuelcan a sus mensajes. Están cumpliendo en la práctica, con gran adelanto a las teorías, todo lo que los mejores ideales de la ciencia de la comunicación plantean que debiera ser la comunicación para el desarrollo democrático.

Por otra parte, ya hace muchos años que es difícil, entre las 5:30 y las 7:30 de la mañana, escuchar español en varias de las radios de La Paz. Este es otro fenómeno singular: algunos campesinos tomaron el micrófono en sus manos con programas informativos independientes, como pequeños empresarios individuales. Trabajan en las condiciones más modestas, desde alquilar un par de horas diarias una radio corriente para insertar sus mensajes hasta tener una pequeña emisora propia cerca de El Alto. Cobrando exiguas sumas, dan a los campesinos noticias en aymara y en quechua, les brindan entretenimiento afín a su cultura y les proporcionan servicios equivalentes a los de teléfono, correo y telégrafo.

De fama internacional son las radios mineras de Bolivia que funcionan al servicio de las reivindicaciones sindicales de los trabajadores desde fines de los años 40. Son emisoras que, por su propia naturaleza de alto contenido político, actúan como puntos de defensa de los intereses de los trabajadores mineros. La capacidad de ellos para organizarse casi no tiene parangón en el mundo. Sus radios son de propiedad social autogestionaria; las pagan los sindicatos que las operan y entrenan su gente, y lo hacen de un modo altamente participativo y abierto. Practican, pues, la comunicación democrática y popular.

Por otra parte, no debemos olvidar entre las conquistas de la comunicación boliviana, no solamente ya dentro del país sino en el exterior, el gran cine

documental que se ha desarrollado en nuestro país a partir de los años 40. Jorge Ruíz y Jorge Sanjinés, desde posiciones distintas y con estilos diferentes, son los máximos exponentes de una pléyade que honra a Bolivia en el exterior. Y, en años recientes, muchos jóvenes han incursionado con tesón y creatividad en el campo del video.

Yo me siento muy orgulloso de que todo eso sea así y reitero aquí mi homenaje de admiración a todos los comunicadores de mi patria. A los más humildes, a esos radialistas aymaras o quechuas. A mis colegas periodistas que tan a menudo arriesgan la vida en su propio oficio, porque si hay país donde es romántico el oficio de periodista y donde es peligroso su ejercicio, es Bolivia. A mis colegas de la radio y la televisión. A los abnegados maestros rurales, a mis colegas extensionistas agrícolas. A todos ellos y en particular a quienes, como a mis amigos de la Católica, son los encargados de formar a los herederos de los chasquis, a los nuevos comunicadores de Bolivia, mi mayor respeto, admiración y regocijo porque están haciendo esa tarea para devolver al pueblo su palabra.

Para concluir permítanme señalar una vez más que, en grado considerable, los padecimientos actuales de nuestra Bolivia pueden entenderse como problemas de falta de comunicación entre nosotros. ¿Por qué? Porque aquí no se dialoga, se agrede. Aquí no se conversa, se atiza el conflicto. Aquí no se concilian las opiniones opuestas, se prefiere exacerbar las distancias. Esto, tal vez, no sea un fenómeno nuevo pero ha alcanzado últimamente en nuestro país niveles que alarman y atribulan. La desunión y la anarquía no sólo impiden el desarrollo sino que amenazan a la subsistencia misma de la patria. Tenemos que aprender a comunicarnos mejor. No podemos seguir en este plan destructivo. Tenemos que unirnos, tenemos que apaciguarnos, tenemos que organizarnos. Yo tengo fe plena en que vamos a lograrlo. Me resisto a compartir el desaliento que pareciera cundir corrosivamente en la nación boliviana. Somos un pueblo con antiquísimas raíces, un pueblo con una vigorosa cultura, un pueblo valeroso y honorable, que tiene derecho a un destino mejor. Si estamos en riesgo de perder el curso, tenemos que saber reconquistarlo entre todos, y estoy convencido de que lo vamos a hacer. Pero debe haber en el propio mensaje de la comunicación algo que le de al pueblo la posibilidad de superarse. Hago votos porque nuestro país deseche pronto al desencanto y al desconcierto. Debemos salir adelante en paz y unión. Debemos levantar nuestros corazones hacia un futuro mejor que realmente merecemos.

¡Adelante, Bolivia! ¡Viva Bolivia por siempre!